

EL PRELADO INOLVIDABLE

EL EXCELENTISIMO SEÑOR CAYZEDO

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

(Oración fúnebre leída por su autor en el acto de inauguración de la estatua del insigne arzobispo).

La Providencia regaló a la Iglesia y a la Patria colombianas un divino mensajero galardonado con espléndidos atributos. La figura integral de Monseñor Cayzedo se conjuga en presente y futuro con los fueros de la nacionalidad y vive encendida como lámpara en su obra inmortal: su sacerdocio, su patriotismo, su magisterio.

La estatua egregia del artífice romano recordará a las gentes una de las figuras esenciales de Colombia. Y cuando los católicos pasen frente a ella en dirección a la Basílica, se detendrán en silencio a meditar sobre los tesoros de un corazón magnánimo y la validez de su plegaria ante Jesucristo Redentor en cuya presencia habitaba y permanece como buen Pastor.

Qué hermosa la efigie sacerdotal y qué procera! Abiertos los ojos profundos que escudriñaron los caminos de Dios; orlada su cabeza con la nieve de los años y el martirio callado; los labios se aprietan en el rito de la prudencia y parecen contener el fuego interior que alberga su corazón en ascuas del divino amor; sus manos, como sarmientos de alabastro, habituadas al sembradío espiritual, manos que bendijeron con unción, adoctrinaron con energía, y señalaron el cielo, manos cantadas por el poeta sacerdote:

Manos caritativas, manos puras
como las de los niños, manos suaves
de nevadas alburas
manos como las aves
que levantan el vuelo a las alturas.

El artífice Canónica copió en el mármol y tradujo con el cincel los rasgos característicos del "gran arzobispo" como lo llamó Benedicto XV. Carácter dinámico hasta el momento de apagarse como

una lámpara votiva; austero, elegantemente austero consigo mismo y espléndido como sacerdote en el altar; principesco en el ademán, que vigiló, purificó, apacentó, adoctrinó y plasmó con sobrenatural bizarria; patriota sin desvelos, artista con la dicción, delicado en sugerir, terrible en la defensa, sensible al filial homenaje, compasivo y tierno con el arrepentimiento, volcánico en la tutela de los principios fundamentales de la patria; maternal con los huérfanos, los trabajadores y los ancianos; cauteloso con la dádiva, educador del clero, orientador de Antioquia, maestro de los estudios eclesiásticos, pedagógicos y universitarios; paradigma en las pastorales, aventajadas sólo por las de Monseñor Mosquera; hierático en el porte, cortés en las maneras, Pastor en la cátedra sagrada, sumergido en el místico ropaje de la Providencia en cuyos pliegues se escuda confidente. Es clásica su estirpe espiritual y pertenece a la alcurnia de los amigos de Dios y de los hijos predilectos de la patria.

Bienaventurado te dirán las futuras generaciones!

El Patriota

Contemporáneos del señor Cayzedo coinciden en considerar su armadura interior y sus específicas dotes de mandatario como una clara manifestación de señorío, propia de los grandes defensores de la nación y de sus soportes más sólidos.

En su misma sangre traía una predestinación para el gobierno de cristiandades.

Sus vizcaínos ascendientes, compañeros de Belalcázar, fueron alféreces reales en las tierras del Cauca. Por la línea materna, sus antepasados rompieron lanzas con la cimitarra en cien combates victoriosos y llevaron con osadía de hidalgos las tizonas de la Orden de Santiago. Un obispo de su progenie presidía la primera Junta Libertadora de Quito; un prelado consanguíneo promovía la independencia de Antioquia y alentaba más tarde, desde su cátedra de Popayán, la emancipación de la Corona. Su bizarro abuelo amalgamaba voluntades y conciencias allá en Cali, enardecido por la causa de la libertad, en cuyas aras murió sacrificado.

El gran arzobispo Mosquera le ungió con el crisma en el Palacio de la Sede Bogotana; se inició en humanidades con Ricardo Carrasquilla, de quien heredó aquella facilidad dialéctica y el sutil humor y la diatriba en el diálogo familiar; fueron sus mejores amigos y confidentes los eximios prelados Monseñor Herrera su consagrante, Monseñor Pardo, Monseñor Carrasquilla; compañeros de su adolescencia en "El Mosaico" aquellos ilustres varones que le dieron a la capital las preseas de Atenas Suramericana; Cuervo le enseñó la lengua de Virgilio; Caro le retuvo a su lado en el periodismo y la controversia y Monseñor Marulanda, el clásico del sentido común y del deber como filosofía de la vida, le fue fidelísimo intérprete en dilatadas cátedras patriotas. Celebró la primera misa con la casulla de Pío IX y León XIII le nombró obispo de la lejana y entonces dilatada diócesis de Pasto.

Como tenía el raro don de armonizar el valor con la prudencia, procedía en los problemas sutiles y complejos de la patria, después de maduro examen crítico, de meditación profunda y de recatadas penitencias, con justicia, prudencia, fortaleza y templanza. Siendo amadísimo jerarca de Popayán elevó con los capitulares una protesta vehemente cuando el imperialismo desmembraba a Panamá rompiendo la arteria latina que nos unía desde el Golfo de México hasta los polos australes. Cuando se pensaba en la inmigración amarilla dirigió un mensaje definitivo al Gral. Reyes exponiendo con visión de etnólogo, con acierto sociológico y con sentido cristiano y patriótico, las razones adversas al proyecto oficial. Aquel gobernante, reivindicado hoy en muchos capítulos de su vida por estudiosos y científicos, sabía oír, sabía detenerse, no se consideraba infalible y derogó sus intenciones en beneficio del bien común. Ante la avalancha de labriegos a la ciudad embrujadora, redactó aquella pastoral de tanta actualidad hoy con el movimiento cristiano del congreso latino-americano de problemas campesinos. Si los gobiernos avanzan las parcelaciones, si envían rápidamente emisarios del sacerdocio y de la higiene con los colonos, si se les dan sustitutos de alegrías sanas a los campesinos y se modernizan las viviendas, si la educación de las escuelas rurales se torna más práctica y de mayor calado espiritual, si progresan en la modesta comodidad que ellos anhelan, si los productos van al consumidor sin el agio de tantos intermediarios, inútiles algunas veces, perniciosos y antisociales en no pocas circunstancias, entonces el ausentismo se detendrá en beneficio común.

Vibraban conjuntamente el Pastor y el patriota, al bendecir con acentos emocionados los ferrocarriles de Antioquia, las primeras paletadas de la carretera al mar, las banderas nacionales que se preparaban para reivindicar a Leticia profanada por la injusticia. Y en aquellas ocasiones, discursos de vuelo y nombradía palidecían ante los acentos humanos y divinos del gran Pastor y gran patriota.

Como su patriotismo era verdadero e ilustrado, dirigió desde la Basílica Primada aquella oración, mitad arenga y mitad historia, en la cual volvía por los fueros de la veracidad histórica contra la leyenda negra tejida por los masones y los protestantes en contra de la colonización española mil veces más humana y generosa que las de los pueblos calumniadores de la Península, influídos por el volterianismo y la petición de principios. Aquello fue el rugir de la tempestad diplomática, el traquetear de las prensas anticlericales, el amontonamiento callejero provocado por las logias. Le conocimos entonces tranquilo y seguro porque la verdad nos hace libres. Felizmente el Sr. Suárez conocía mejor la historia de los diplomáticos ofendidos y dió respuestas admirables que doblegaron a los empecinados representantes de países extranjeros. Las tesis del Sr. Cayzedo en el templo primacial son hoy cosa juzgada como lo demuestran las eruditas exposiciones valerosas de Lewis Hanck en la revista de la Universidad Pontificia Bolivariana, los principios defendidos por el presidente de la asociación de derecho internacional, James Brown Scott, protestante, y las propias elucubraciones del judaizante Madarriaga, racionalista y erudito.

Cuando se derrumbaba una concepción política del estado cristiano para ser reemplazada por ensayos trasnochados y una filosofía estatal en desacuerdo con los valores del espíritu, fue profeta y maestro. La historia tendrá que estudiar la correspondencia y las admoniciones pastorales del señor Cayzedo cuando quiera que pretenda investigar y fallar sobre un capítulo doloroso de la vida nacional. Así lo comprendió el país entonces, así lo van diciendo, desde ángulos o-puestos, personas severas en el juicio.

Vigila tú, prelado insigne, con los obispos fallecidos, como ángeles guardianes el patrio hogar, la nacionalidad con sus riquísimos haberes espirituales; el hogar cristiano, núcleo y médula; los derechos intangibles de la persona humana desconocidos por los estatólatras, los totalitarios y los anticlericales; tutela, señor excelentísimo, esta porción que apacentaste y dirigiste con prócera certidumbre y pide por la unión de los católicos en torno a la justicia legal, al derecho público cristiano y a los principios immanentes que los próceres heredaron de los teólogos de España, de los fueros peninsulares y de la legislación de Indias. Que el holocausto callado y meritorio de tu postrimera edad por Colombia y por la Iglesia, se conjugue con el martirio silencioso de todos los pastores para que el pueblo tenga como norma de su vida ciudadana la del Señor: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César".

En la efígie del arzobispo Cayzedo podrían estar grabadas estas frases lapidarias: "Fue sacerdote y prócer!"

El Pastor

La potestad de orden se encamina, por divina encomienda, a la administración de los sacramentos y específicamente a la inmola-ción dolorosa del altar. El Señor Cayzedo vivía en función de la Santa Misa, la más bella de sus acciones y en la que todo el hombre místico que había en el prelado parecía transfigurarse en la profunda persuasión sobrenatural de su sacrificio matutino como acción de gracias o propiciación, como latría filial u holocausto y reparación. La Santa Misa es el sostén del sacerdote, el consuelo de los prelados, la oración del gran religioso, Jesucristo!

El Señor Cayzedo pontificando! Parecen escritas para él las palabras de San Pedro Crisólogo: "Sé sacrificio y sacerdote de Dios; no pierdas lo que te dió la divina autoridad. Revístete de la estola de la santidad; cíñete con el cíngulo de la castidad; sea Cristo velo sobre tu cabeza; esté la Cruz como baluarte sobre la frente; pón en tu pecho el sacramento de la ciencia divina; quema siempre el perfume de la oración; aferra la espada del espíritu; haz de tu corazón como un altar y ofrece así seguro tu corazón como víctima a Dios... Ofrece la fé, de modo que sea castigada la perfidia; inmola el ayuno, para que cese la voracidad; ofrece en sacrificio la castidad para que muera la lujuria; pon sobre el altar la piedad para que sea depuesta la impiedad; invita a la misericordia para que sea destruída la avaricia; y para que desaparezca la insensatez, conviene inmolar la santi-

dad; así tu cuerpo será hostia si no está herido con algún dardo del pecado”.

La piedad sacerdotal del señor Cayzedo derramaba por donde iba el buen olor de sus virtudes. Dándole el pan de los fuertes el día de la primera comunión a los niños, predicando a los ejercitantes la mañana radiante de la salida de ejercicios, haciendo una plática doctrinal en las poblaciones en los días de visita pastoral, consolando a una viejecita que le narraba sus cuitas, amonestando a un sacerdote para el apostolado silencioso, recitando con los domésticos el santo rosario, salmodiando con el clero el oficio divino en los días de retiro, explicando a los seminaristas el ministerio ejercido con piedad, visitando a un sacerdote anciano, conversando con los campesinos sobre sus dudas, sus cosechas, sus esperanzas; escribiendo aquellas epístolas cordiales cuando alguno sufría el dolor martirizante de la orfandad; en todas aquellas circunstancias todos salíamos decir: así debió ser Nuestro Señor.

El Señor Cayzedo era un convencido total: convencido de que la unión con Cristo es la fuerza del sacerdote para los poderes inefables. Después de las pláticas del Señor Cayzedo, preparadas en la vigilia, la mortificación y el estudio, todo el mundo salía conmovido o como decía el Señor Salazar: “Todo el mundo salía confundido y arrependido”.

Sus visitas pastorales a lugares distantes, tenían dos momentos de profundo recogimiento popular: cuando ungía el crisma de la confirmación y cuando perdicaba con gran sencillez sobre las parábolas o el Padre Nuestro a las gentes de la población: los más ingenuos y los niños grababan sus homilias en el sacramento de la fortaleza. Cuatrocientos mil en Antioquia y otro tanto en las diócesis de Pasto y Popayán, por dilatadas comarcas, sin vías y sin las más elementales comodidades a veces, no obstante una enfermedad dolorosa que lo acompañó por largos años, en paciente estudio y personal examen de las necesidades y aspiraciones de las parroquias; alentando a los sacerdotes, consolando a los tristes, atrayendo a los descarriados, y dando por doquiera el ejemplo de actividad, de piedad, de conmiseración, de aliento y de estímulo discreto, oportuno y eficaz.

Sus predilecciones fueron los niños, los sacerdotes y los trabajadores: Qué hermosa trilogía para un Prelado, nacido entre gentes de estirpe y formado al calor de hogares prestigiosos en la República!

Asilos y Gota de Leche, casa para el gamín desamparado lustrabotas, talleres con los salesianos para los hijos de los pobres, orfanatos y casas de maternidad; escuelitas parroquiales y eucarísticas en beneficio de la niñez sin recursos; intensificación de las primeras comuniones de los niños, siguiendo a Pío X y en respuesta al jansenismo que también había soplado siniestro sobre la mentalidad del mismo sacerdocio; casa de protección y tutela para la juventud femenina en peligro; caritativas dádivas de su mesa episcopal en beneficio de tales instituciones; todo un programa que entonces tenía de siembra en terreno abonado y fértil y que fructifica hoy el ciento por uno. Medellín es la ciudad de la beneficiencia practicada por las clases más favorecidas, como un ejercicio del deber y de la buena crianza. En

favor de los niños aquella preocupación por el avance de ciertas pedagogías tanto más ruidosas cuanto menos contenido llevaban en sus alforjas; y sus confianzas en las comunidades religiosas que tienen gracias de estado para la educación según los derechos humanos y los divinos mandatos civilizadores.

La gente pobre le conoció como su padre y consejero, protector y guía. En beneficio de los ancianitos se abrió aquella casa protectora en que alterna la sonriente caricia de la hermanita de los pobres con los tremendos y complejos problemas de una ancianidad generalmente resentida con la sociedad y que ellas convierten en un hogar cristiano al amparo del buen San José; en favor de los trabajadores fundó la acción social, raíz y fuente del movimiento obrero cristiano en el país; reclamó cuando sus derechos eran conculcados, pero sin estridencias ni alardes intencionados, procurando que la justicia social fuera unida con la caridad social como lo proclaman los Pontífices; fomentó cajas de ahorros campesinas y asociaciones de temperancia; trajo sacerdotes preparados y con ellos formó una conciencia de cristianismo social, hoy en despliegue por todos los horizontes de la patria; acudió al gobierno y a las industrias para terminar el desempleo; dialogó con los trabajadores sobre sus derechos y obligaciones; quiso que todo el mundo respetara los derechos de la persona humana y los derechos de las jerarquías del gobierno; amó la sencillez de los hogares campesinos y estimuló a los trabajadores a que continuasen sus labrantíos en nombre del Señor; amó a su arquidiócesis y tejió sobre ella los más bellos elogios que hayamos escuchado de labios humanos; elogios mezclados con sagaces y dulces admoniciones; bendijo y auxilió las proles numerosas, bendijo y auxilió a los sacerdotes ancianos o en desgracia; auxilió y bendijo la porfía ciudadana en favor de las talleres femeninos redentores y dió silenciosamente salarios, vestidos y congruas a los que por el desamparo se iban tras los señuelos comunistas engañados y desesperados. En la tarde le examinaron en el amor a quien "pasó haciendo el bien y sanándolos a todos".

Quien desee saber la obra del Señor Cayzedo en el Seminario, basta que tienda una mirada a la arquidiócesis y contemple la espléndida categoría de sus párrocos, casi todos ellos educados por el Señor Arzobispo o bajo las normas de su influjo bienhechor. Las parroquias han creado los municipios, los han predispuerto para la cultura, han conservado la honestidad de la familia numerosa, le han dado ese perfil inconfundible en el país. La noble categoría de los capitulares que han honrado los sillones dejando una estela de preclara trayectoria durante el medio siglo que llevamos recorrido, fueron confidentes, auxiliares e intérpretes abnegados y fidelísimos suyos. Los colegios y escuelas, la misma Universidad Pontificia Bolivariana que surgía dolorosamente en su grandioso despertar cuando se apagaba la lumbre del Pastor, todo ello recibió su dádiva, sus consejos y no pocas orientaciones saludables.

El clero lo recuerda sobremanera en sus incomparables pláticas de urbanidad sacerdotal y de pedagogía pastoral; en las exposiciones encendidas de amor a Dios y a las almas en tiempo de ejercicios, de los cuales todos salían orientados, interpretados, consolados, estimu-

lados, sublimados, santamente enardecidos; de sus cartas privadas que todos conservamos como el más delicado de los recuerdos por su caritativo consejo, su don de sugerir y el consuelo sacerdotal. La devoción a la Virgen del Carmen y al Sagrado Corazón tan ejemplares en estas breñas y tan connaturalizadas con el pueblo antioqueño, tuvieron en él al ardiente predicador, el filial obsequio lleno de ternura de un sacerdote ejemplar. Si preguntáreis, vosotras generaciones nuevas, cuándo era más grande el grande arzobispo, se os podría responder: arrodillado delante de Nuestro Amo y de Nuestra Señora. En este instante todos nos sobrecogíamos al ver su fe profunda, su esperanza ardiente, su caridad evangélica, en pastoral procerca.

Cuando los prelados y el clero le acompañamos a la apoteosis de su partida, superior a la apoteosis triunfal de su llegada a Medellín, el pueblo nos acompañó a rezar y nos acompañó a llorar nuestra tristeza y el dolor de la Iglesia y de la Patria.

Por el clero y el seminario desplegó sus más preciosos desvelos; testigos el claustro mayor del seminario; el perfeccionamiento de la tradición tridentina y sulpiciano en sus estatutos; el altísimo nivel a que llegaron los estudios teológicos; las instituciones caritativas en beneficio de los sacerdotes vencidos en la brega por las mieses del Padre; la institución de academias de filosofía y de teología de impresionante formación profunda; la cátedra de sociología, la primera en el país, y el conocimiento de Santo Tomás en sus doctrinas y métodos de manera tan eficaz que en la misma Gregoriana preguntaban sorprendidos por el nombre del Prelado y los profesores del Seminario Conciliar. Qué profesores aquellos: Monseñor Marulanda en moral, Monseñor Sierra en teología y filosofía, Monseñor Lubín Gómez en pastoral, Monseñor Ramírez Urrea en canónico, Monseñor Botero González en diferentes disciplinas humanas y divinas. El padre Abel y el padre Guillermo, tan prudentes como sacerdotes; el señor González, el padre Ulpiano, el padre Enrique, el padre Giraldo, categorías humanas de sorprendente valor, por no mencionar sino los ausentes.

Epoca clásica de los seminarios de Colombia!

Orador y Escritor

En tiempos del padre Correal, del padre Muñoz, del padre Zumalabe, del Dr. Sierra, era difícil descollar en la cátedra sagrada. Todos ellos, sin embargo le admiraron y sobre todos influyó en la exposición doctrinal, en la oportunidad de las citas patristicas, en el encanto de exponer los problemas sociales, en la frescura y colorido de la interpretación evangélica, aventajándoles en la unción, médula de la elocuencia.

Siendo de tamaño pequeño, parecía un gigante en el púlpito; teniendo una voz un tanto desmayada, le daba tonalidades de exquisito fervor y fortaleza; careciendo de una dicción afluente dominaba al auditorio por la originalidad de la difícil facilidad de ser sencillo, siendo profundo; ameno en medio de la caudalosa doctrina, conmovedor, siendo un temperamento equilibrado; actual, siendo como Pío X el martillo del modernismo en marcha.

La elocuencia sagrada reclama un sentido de intensa piedad, erudición en la categoría, ademanes austeros y hieráticos, un porte antes sagrado que profano, conocimiento de los temas y de la metodología en exponerlos, y sobre todo el fuego del alma caldeada en la contemplación de los misterios. Una plática sobre los dolores de Cristo, sobre las excelencias sociales, teológicas y sobrenaturales del Rosario, acerca de la Encarnación del Verbo, constituían una fiesta del espíritu tras de provocar hondas meditaciones colectivas y reflexiones de espiritual reforma. Por eso corrían a escucharle, a comprenderle, a seguirle con multitudinaria devoción. Sus alocuciones ciudadanas o patrióticas tenían iguales acentos encendidos y daban temas al análisis, al estudio, a la controversia o a la apología.

Le pudieron atacar sin resultado pero nadie pudo ignorarlo o dejar de inquietarse ante el prestigio y la certidumbre de su magisterio.

En las pastorales, corregidas, revisadas, meditadas y espléndidas por lo tanto, conserva el acervo doctrinario del señor Herrera aventajándole en la elegancia y sabrosa variedad de los temas; puede parecerse al señor Perdomo en la interpretación del pensamiento pontificio; y en algunas llega a la altura majestuosa del señor Mosquera, cuyas producciones leyó, imitó con acierto y tuvieron eco profundo en sus luminosas enseñanzas.

Su más bella página, sin embargo, fue la despedida en el Congreso Eucarístico Nacional de Medellín. Parece también "Un capítulo olvidado de los Luises" y es digna de ser prohibida por el autor de "Jesucristo"; escuchadla que es actual, refleja el candor y la armonía, el fervor y el patriotismo, al clásico señor de las letras castellanas y al Pastor que miraba en lontananza los rebaños heridos y perturbado el aprisco, mientras contemplaba, con el pueblo colombiano al Señor de las tempestades diciéndole a tantos apóstoles desconfiados: "Ego sum. Nollite timere".

"Señor que nos amaste en perpetua caridad, que para atraernos a Ti viniste al mundo, que al llamarte Jesús eres Salvador, Tú que borraste el decreto que era contrario a nosotros y lo elevaste a la cruz y lo bañaste con tu propia sangre; que tienes en tortura tu corazón hasta que se cumpla tu conquista de amor y llamas a los hombres que trabajan y están cansados para aliviarlos, a los ciegos para que vean, a los cojos para que anden, a los leprosos del alma para que sean curados. Tú que eres el buen pastor que buscas la oveja perdida, la alcanzas y la llevas en hombros al redil, oye los débiles ecos de esta voz que se está apagando: **ten piedad de Colombia.**

"Tus hijos prepararon este lugar como los apóstoles el cenáculo para la celebración de la Pascua: al verte en medio de ellos dijiste: He deseado vehementemente comer esta pascua con vosotros no para padecer después sino para convivir en perpetuo y mutuo amor con tus rebaños.

"Que gobernantes y gobernados hayan un solo corazón y una sola alma en el reconocimiento de tus derechos; que los que constituyen un solo cuerpo, porque participan del mismo pan divino, vivan en

El Excelentísimo Señor Cayzedo

unión de caridad y todos conozcan que son tus discípulos porque se aman los unos a los otros, y no de palabra sino de obras y en verdad.

Pax Vobis

“Ven, Dios mío, a celebrar tu pacífico triunfo en esta ciudad que te ama “con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas de la vida”. Ven a Medellín, en donde encuentras tantos tronos de amor cuantos son los corazones. Ven a esta ciudad arzobispal en donde me pusiste a gobernar el rebaño amado, para que recibas los hossanas de la glorificación, los actos de fe intrépida y las manifestaciones de su ternura”.